

Santo Tomas de Aquino

Cristo promete el cielo a los que en Él crean

(SAN AGUSTÍN.) No fuera que sus discípulos, como hombres, temieran la muerte de Cristo y se turbasen, los consuela asegurándoles que Él también es Dios. Y dijo a sus discípulos: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí". Como diciendo: Es consiguiente que si creéis en Dios, creáis también en mí, cosa que no sería consiguiente si Cristo no fuese Dios. Teméis la muerte para esta forma del siervo: no se turbe vuestro corazón; la forma de Dios resucitará aquella forma.

(CRISÓSTOMO) La fe que tenéis en mí y en mi Padre que me engendró, es más potente que todos los acontecimientos que sobrevengan: ningún trabajo puede nada contra ella. De esta suerte manifiesta el poder de la Divinidad, que ponía en evidencia los pensamientos que estaban latentes en sus almas, diciendo: "No se turbe vuestro corazón".

(SAN AGUSTÍN.) Y como los discípulos temían cada uno por sí, cuando a Pedro, que era el más fiel y más fervoroso, se hubo dicho "No cantará el gallo, sin que me hayas negado tres veces", añade: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones". Con esto salen de su turbación, seguros y confiados de que después de las tentaciones permanecerían en Dios con Cristo. Porque aunque uno sea más valeroso, más sabio, más justo y más santo que otro, ninguno será desterrado de aquella casa, donde cada uno hallará hospedaje en proporción a sus méritos. Para todos es igual aquel denario que se manda dar por el padre de familia a los que trabajan en la viña; denario que significa la vida eterna, donde nadie ha de vivir más que otro, porque en la eternidad de la vida no cabe medición. Mas las muchas mansiones significan las diversas dignidades de los méritos en la vida eterna.

(SAN GREGORIO.) Las muchas mansiones convienen con el único denario, en que si bien unos más que otros se alegrarán y regocijarán, todos, sin embargo, gozarán en la fruición única de la visión de su Creador.

(SAN AGUSTÍN.) Y así Dios será todas las cosas para todos, porque siendo Dios la caridad, se obrará por esta caridad que sea común a todos el bien que uno posea. De esta manera, cada uno posee lo que él no tiene, en tanto que lo ama en otro. No habrá, pues, envidia en la desigualdad de gloria, porque reinará la unidad de amor.

(SAN GREGORIO.) No sienten tampoco los efectos de esta desigualdad, porque allí cada cual recibe de gloria lo que le basta.

(SAN AGUSTÍN.) Todo corazón cristiano debe desechar la creencia de que se dijera lo de las muchas mansiones, porque haya un lugar fuera del reino de los cielos donde permanecen los bienaventurados inocentes, cuando han

muerto sin el bautismo, sin el que no pueden entrar en el reino de los cielos. Lejos de nosotros el creer que, cuando la casa de los hijos que reinan no está sino en el reino, haya alguna parte de esta casa regia que no esté en el reino. Porque no dijo el Señor: En la eterna bienaventuranza hay muchas mansiones, sino "en la casa de mi Padre".

(CRISÓSTOMO.) Como el Señor antes había dicho antes a Pedro: "A donde yo voy no puedes seguirme ahora, mas me seguirás después", para que no creyeran que esta promesa se hacía sólo a Pedro, dijo: "En la casa de mi Padre", etc. Esto es, vosotros también ocuparéis un lugar en el palacio en que habitará Pedro; allí hay gran abundancia de habitaciones, sin que sea necesario decir que esto necesitaba preparación. De aquí que añade: Si así no fuera, yo os hubiera dicho que voy a aparejaron el lugar".

(SAN AGUSTÍN.) Donde claramente manifiesta que no les dijo esto, porque allí hay muchas mansiones y no es necesario que Él prepare mansión alguna.

(CRISÓSTOMO.) Como había dicho: "No puedes seguirme ahora", para que no crean que ellos están definitivamente separados de Él, continúa: "Y si marchare y os preparare el lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que estéis donde yo estoy"; con esto les enseña que deben confiar con toda seguridad.

(TEÓFILO.) Es como si quisiera decirles estas dos cosas: No os turbéis en ningún caso, ya estén preparadas, o no lo estén, porque aunque no estén preparadas, yo os las prepararé con todo cuidado.

(SAN AGUSTÍN.) Pero ¿cómo va a prepararles lugar, si ya hay muchas mansiones? Pero aún no están en la forma en que deben prepararse; porque tiene que preparar en las obras las mansiones mismas que ya había preparado por medio de la predestinación. Ya lo están en cuanto a la predestinación, porque de otra manera hubiera dicho: Iré y prepararé (esto es, predestinaré); pero como no lo están por las obras, añade: "Y cuando hubiere ido y preparado a vosotros el lugar". Prepara ahora mansiones preparando habitantes para ellas. En efecto, cuando dice: "En la casa de mi Padre hay muchas mansiones", ¿qué otra cosa creemos que es la casa de Dios sino el templo de Dios? Del cual dijo el Apóstol: "Se ha hecho el templo de Dios, que sois vosotros". Esta casa de Dios se edifica y se prepara aún. Pero ¿cómo es que se va a prepararlas, cuando a nosotros es a quienes tiene que preparar y no puede hacerlo dejándonos? Mas esto significa, que para que aquellas habitaciones se preparen es necesario que el justo viva de la fe; porque si ves, ya no hay fe. Se va, pues, para no ser visto; se oculta para que se crea, y entonces se prepara el lugar si de la fe se vive: deséese en la fe, para poseerlo en el deseo; y si bien lo entiendes, no se aparta ni de donde viene ni del lugar a donde va: va ocultándose y viene poniéndose de manifiesto; pero si no permanece reinando en nosotros para que vivamos perfeccionándonos, no se nos preparará lugar donde podamos vivir gozando.

(ALCUINO.) Dijo: "Si marchó", por la ausencia de la carne, y "Vendré después", por la presencia de la Divinidad, o bien vendré de nuevo a juzgar a

los vivos y a los muertos. Sabiendo que habían de preguntarle a dónde iba, y por qué camino, dice: "Vosotros sabéis a dónde voy (a saber, al Padre), y sabéis el camino", (esto es, por medio de mí).

(CRISÓSTOMO.) Diciendo esto, manifiesta el deseo que alimentaban, y les presenta ocasión para que le pregunten.

Jesucristo Camino, Verdad y Vida

(CRISÓSTOMO.) Los judíos que querían separarse de Cristo deseaban saber a dónde iba; mucho más sus discípulos, que deseaban no separarse jamás de Él, estarían ansiosos de saberlo. Y le preguntaban con mezcla de temor y de amor: "Díjole Tomás: Señor, ignoramos a dónde vas".

(SAN AGUSTÍN.) Jesús había dicho que sabían ambas cosas; éste asegura que las ignora ambas, pero no sabe que falta a la verdad: luego sabían, e ignoraban que sabían. Jesús les convenció de que sabían esto. "Díjole Jesús? Yo soy el camino, y la verdad y la vida".

(SAN AGUSTÍN.) Como diciendo: ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el camino. ¿A dónde quieres ir? Yo soy la verdad; ¿en dónde quieres permanecer? Yo soy la vida. Todo hombre comprende la verdad y la vida, pero no todos encuentran el camino. Hasta los mismos filósofos del mundo vieron que Dios es la vida eterna, y que es la verdad digna de saberse; mas el Verbo de Dios, que con el Padre es verdad y vida, se hizo el camino tomando la humanidad. Camina por esta humanidad para llegar a Dios, porque preferible es tropezar en este camino, a marchar fuera de la vía recta.

(SAN HILARIO.) Aquel que es el camino, no puede llevarnos por lugares extraviados, ni engañarnos con falsas apariencias el que es la verdad, ni abandonarnos en el error de la muerte el que es la vida.

(TEÓFILO.) Cuando te dediques a la vida activa, sea Cristo tu camino; y cuando a la contemplativa, sea para ti la verdad. Tanto para los ejercicios activos como para los contemplativos es la vida. Y conviene que marchemos y prediquemos para alcanzar los bienes futuros.

(SAN AGUSTÍN.) Sabían el camino, porque conocían al mismo que es el camino. ¿Para qué, pues, añadir lo de verdad y vida (puesto que sabido ya por dónde se debía marchar, convenía también saber a dónde se había de marchar), sino porque iba a la verdad y a la vida? Iba a sí mismo por medio de sí mismo. Pero ¿acaso, Señor, para venir a nosotros te habías separado de tí mismo? Porque yo sé que recibiste la forma de siervo y viniste en carne mortal, permaneciendo donde estabas, y a este lugar tornaste sin dejar tampoco aquel a que habías venido. Luego si por esta vía volviste y por ella tornaste, fuiste camino, no sólo para que nosotros fuéramos a ti, sino también para tu venida y tu vuelta. Cuando, pues, te dirigiste a la vida (que eres tú mismo) llevaste tu propia carne de la muerte a la vida. Y así, en tanto que la carne pasa de la muerte a la vida, Cristo viene a la vida. Mas como el Verbo es la vida, Cristo vino a sí mismo; porque Cristo es una y otra

cosa, a saber: el Verbo es carne en la unidad de la persona. Dios había venido a los hombres por medio de la carne; la verdad había venido a los mendaces; porque Dios es la verdad, y todo hombre mendaz. Al separarse, pues, de los hombres para irse allí donde nadie miente, levantando su carne, Él mismo se dirigió, en cuanto el Verbo se hizo carne, por sí mismo, esto es, por su carne, a la verdad que es Él: verdad que logró conservar entre los mendaces aun después de su muerte. Ved como, al hablaros cosas que entendéis, me dirijo a vosotros en cierto modo, sin dejarme a mí mismo. Cuando dejo de hablar, vuelvo a mí en cierta manera, y permanezco con vosotros si conserváis los preceptos que habéis escuchado. Si esto puede la imagen que Dios hizo, ¿qué no podrá la imagen nacida del mismo Dios? De aquí que Cristo va a sí por sí mismo, y por sí mismo al Padre, y nosotros por Él vamos a Él y vamos al Padre.

(CRISÓSTOMO.) Si, pues, dice: Yo soy el Señor del acceso al Padre, y a Él iréis, etc., no siendo posible ir por otro camino, y habiendo dicho antes: "Nadie puede venir a mí, si mi Padre no lo trajere", diciendo ahora que nadie puede llegar al Padre sino por mí, iguala a sí mismo con Aquél que le engendró. Manifiesta la razón que tuvo al decir: "Sabéis a dónde voy, y sabéis el camino", con estas palabras: "Si me conocieseis a mí, conoceríais también a mi Padre". Como diciendo: Si conocieseis mi sustancia y dignidad, conoceríais también la de mi Padre. Porque aunque lo conocían no era como convenía, hasta que después, con la venida del Espíritu Santo, conociéronle de una manera perfecta. Por esta causa continúa: "Y desde ahora le conoceréis (se refiere a la cognición intelectual), y le habéis visto" (por mí), manifestando que quien a Él ve, ve al Padre; pero le vieron no en su esencia pura, sino velada por la carne.

(BEDA.) Ahora debe preguntarse: ¿cómo es que dice el Señor "Si me conocieseis", etc., cuando poco antes había dicho "Sabéis a dónde yo voy, y sabéis el camino"? Parece deducirse que había algunos que sabían y otros que ignoraban, entre los cuales está Tomás.

(SAN HILARIO.) Siendo el camino el Hijo para ir al Padre, conviene inquirir si es por la enseñanza de su doctrina o por la fe de naturaleza. Busquemos el sentido en lo que sigue: "Si me conocieseis a mí, conoceríais también a mi Padre"; confirmando la naturaleza de la divinidad paterna en el misterio del Cuerpo asumido, estableció este orden: el tiempo de la visión se distingue del tiempo del conocimiento, porque asevera que ya ha sido visto el que ha de ser conocido, para que adquiriesen el conocimiento de su naturaleza desde el momento mismo de esta revelación.

Cristo está en el Padre y el Padre en Él

(SAN HILARIO.) La novedad de lo que oía conmovió al apóstol Felipe: es visto como hombre, y sin embargo, se proclama Dios, y afirma que, conocido Él, es conocido el Padre, y que habiéndole visto a Él se ve al Padre; Felipe prorrumpió con la familiaridad propia de los apóstoles y preguntó: "Díjole Felipe: Señor, muéstranos al Padre y nos basta". No dice que no le haya visto, sino que le sea mostrado, ni pide esta manifestación como visión

corporal, sino como demostración del entender a aquél que ha sido visto. Había visto al Hijo en la humanidad, pero ignora cómo vid al Padre por Él; y así, para demostrar que más bien que visión corporal lo que Él quería era que se le enseñara a comprender, dice: "Y nos basta".

(SAN AGUSTÍN.) Se busca nada más que aquella alegría de que nos llenará con su rostro, cosa que comprendía bien Felipe, al decir: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Pero aun ignoraba que de la misma suerte pudo haber dicho a Jesús: Señor, muéstrate a nosotros, y esto nos basta; y para que entendiese esto, exclamó Jesús: "Dícele Jesús: ¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me habéis conocido?"

(SAN AGUSTÍN.) Pero ¿cómo les dice esto, si sabían a dónde Él iba, y sabían el camino no por otra razón sino porque le conocían a Él mismo? Pero fácilmente daremos solución a esta duda, si decimos que unos lo sabían y otros no, entre los cuales estaba Felipe.

(SAN HILARIO.) Reprende al apóstol que está ignorante en el conocimiento. Las cosas que Él obró eran propias de Dios: caminar sobre las olas, mandar a los vientos, perdonar pecados, resucitar a los muertos. De esto nace toda la reprensión, porque aún no había sido conocida la naturaleza divina en la humana carne. Por esto, cuando le pide que le muestre al Padre, responde: "Felipe, el que a mí me ve, ve, también al Padre".

(SAN AGUSTÍN.) Así solemos hablar de dos cosas muy semejantes: ¿Has visto aquello? Pues también has visto esto. Y en la misma forma se dice: Quién me ve a mí, ve a mi Padre; no porque Él sea a la vez Hijo y Padre, sino porque el Hijo no podía diferenciarse en nada de la semejanza de su Padre.

(SAN HILARIO.) No se significa aquí la visión de los ojos carnales, y no es el hecho de haber nacido su carne de la Virgen María lo que aprovecha para que en Él se contemple la forma e imagen de Dios, sino que lo que hace que el Padre sea entendido en el conocimiento del Hijo de Dios, es que es tal la imagen que no difiere en género sino que enseña al Autor. La palabra del Señor no expresa un ser solitario y desligado de Él, sino la naturaleza; porque cuando dice "También al Padre", se excluye la idea de algo singular y solo. ¿Qué otra interpretación resta sino que el Padre es conocido por medio del Hijo a causa de la unidad de la esencia

(SAN AGUSTÍN.) Sin embargo, ¿es digno de reprensión el que habiendo visto la semejanza, quiera contemplar a Aquél a quien es semejante? Mas si el Señor reprendía al discípulo, es porque veía la intención del que pedía, dado que Felipe quería conocer al Padre porque le suponía superior al Hijo, y de esta manera desconocía al Hijo, creyendo que hubiese algo mejor que Él. Para poner un correctivo a esta sospecha, dijo: "¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?" Como diciendo: Si para ti es demasiado entender esto, por lo menos cree lo que no entiendes.

(SAN HILARIO.) ¿Cómo podían desconocer al Padre ni qué necesidad había

de mostrárselo a los ignorantes, cuando el Padre era visto en el Hijo? Y es visto por la propiedad de la naturaleza; dado que en la unidad de la naturaleza el engendrado y el generador son una sola cosa; de aquí, por consiguiente, la pregunta del Señor: "¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?"

(SAN AGUSTÍN.) Quería que Él viviera de la fe antes que pudiese verlo, y por eso dijo: "No lo crees"; porque la contemplación es el premio de la fe, y por la fe los corazones quedan limpios para ser dignos de tal premio.

(SAN HILARIO.) El Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, no por la doble conjunción de géneros que se armonizan, ni por la inserción de una naturaleza en otra más capaz (porque según ley necesaria de los cuerpos, los continentes tienen que ser exteriores, pero nunca interiores), sino por la generación de un viviente de una naturaleza viviente, siendo así que de Dios no puede nacer sino Dios.

(SAN HILARIO.) Dios inmutable se conforma, para expresarme así, con su propia naturaleza, engendrando a Dios inmutable; y no desmiente su naturaleza el que de un Dios inmutable nazca un Dios inmutable. Concebimos en Él la naturaleza subsistente de Dios, puesto que Dios está en Dios y fuera de Él que es Dios, no existe otro Dios.

(CRISÓSTOMO.) Felipe quería contemplar con los ojos carnales aquí al Padre, porque de la misma forma creía ver al Hijo, acaso porque vió en los Profetas que dicen "Porque vi al Señor", y por esta causa dice: "Muéstranos al Padre". De igual manera los judíos le preguntaron: ¿Quién es tu Padre? y Pedro y Tomás le preguntaron a dónde iba, sin que ninguno entendiese su clarísima contestación; y para que no se crea que Felipe se hacía pesado preguntando también "Muéstranos a tu Padre", añade: "Y esto nos basta"; esto es, nada más deseamos saber. El Señor no contesta "Es imposible lo que pides", sino que demuestra que no ha visto ni al Hijo; porque si hubiera podido ver a Éste, hubiera visto a Aquél; de aquí que diga: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve, ve también a mi Padre", etc. No dice: no me habéis visto, sino, "No me habéis conocido", bajo el concepto de que el Hijo, permaneciendo igual al Padre, manifiesta muy convenientemente en sí mismo a Aquél que le engendró. Después, distinguiendo las personas, dijo: "El que me ve, ve a mi Padre", para que nadie diga que el mismo Hijo es también el Padre. También con estas palabras demuestra que ni aun con los sentidos corpóreos había visto al Hijo. Si alguno interpreta esta visión por conocimiento, no me opongo tampoco a ello, como diciendo: "Quien me conoce a mí, conoce a mi Padre". Pero la verdad es que no dijo esto, sino que quiso representar la unidad de esencia, de esta suerte: Quien ve mi sustancia, ve la que asimismo es la del Padre; por donde claramente se deduce que no es criatura, porque al ver la criatura, no todos ven a Dios. Mas Felipe quería ver la sustancia del Padre, y si Jesús hubiera sido de distinta sustancia, no hubiera dicho: "El que me ve a mí, ve a mi Padre", porque nadie puede ver la naturaleza del oro en la plata, ni ninguna esencia aparece en otra esencia diferente.

(SAN AGUSTÍN.) Después habla, no singularmente a Felipe, sino colectivamente, diciendo: "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo". ¿Qué significa no las hablo de mí mismo, sino que no he nacido de mí mismo yo que hablo? Y atribuye de esta suerte las operaciones que ejecuta a Aquél por quien Él es.

(SAN HILARIO.) Por donde ni se excluye de ser Hijo, ni oculta la unidad de naturaleza en que conviene con el Padre; porque en tanto que habla, lo hace permaneciendo en la sustancia única, y en tanto que no habla de suyo, atestigua que siendo Dios ha nacido de Dios.

(CRISÓSTOMO.) Obsérvese la abundancia de datos con que atestigua la unidad de esencia, al proseguir: "El Padre que en mí está, lleva a cabo las obras". Como diciendo: No obra de una manera el Padre y de otra yo. También dice en otro lugar: "Si yo no ejecuto las obras del Padre, no me creáis". Pero, ¿cómo empezando por las palabras llega a las obras? Parecía oportuno que hubiese dicho: Él mismo habla las palabras; mas o ha querido hacer distinción entre los milagros y los signos, o bien las palabras mismas eran también obras.

(SAN AGUSTÍN.) Quien edifica al prójimo con su palabra, realiza una buena obra. En estos dos textos encontramos dos clases de adversarios. Dicen los arrianos: "Ved aquí cómo el Hijo no es igual al Padre"; porque no habla por propia autoridad. Dicen los sabelianos: "Véase cómo el Padre y el Hijo son una misma persona", porque ¿qué otra cosa puede ser: "El Padre que está en mí, Él mismo obra", sino, Yo que estoy en mí, soy el que obro?

(SAN HILARIO) Pero el permanecer el Padre en el Hijo no implica unidad y singularidad de persona, como el que el Padre obre por el Hijo no es propio de quien es diferente y extraño; como tampoco arguye unidad de persona que el que habla no hable de suyo, y, por otra parte, el hablar por medio del que habla no es propio de quien es ajeno y separado. Y como había enseñado que el Padre hablaba y obraba en Él, estatuye la fe de esta unidad perfecta, diciendo: "Creedme que yo estoy en el Padre y el Padre en mí", a fin de que nadie sospechase que el Padre hablaba y obraba en el Hijo, no por la esencia (resultado de generación), sino en virtud del influjo de la santidad. Así, en efecto, dice el texto griego; la versión latina tiene: "¿No creéis?", etc.

(SAN AGUSTÍN.) Antes sólo era reprendido Felipe; ahora se echa de ver que no era él solo al que allí se reprendía.

(CRISÓSTOMO.) Si, pues, esto no es suficiente para atestiguar la consustancialidad, por lo menos creed por las obras. Por esto prosigue: "Y si no, creedlo por las obras mismas". Habéis presenciado milagros autorizados, y todas las cosas que son privativas de Dios, y que sólo el Padre puede obrar, como son los pecados perdonados, la muerte destruída y otras cosas por el estilo

(SAN AGUSTÍN.) Creed, pues, por las obras, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; porque si estuviésemos separados no podríamos de ninguna

manera obrar inseparablemente.

Quien crea en Él, hará obras mayores

(CRISÓSTOMO.) Al decir el Señor "Creed por las obras", demuestra que no solamente puede realizar estas conocidas, sino otras mayores. Dice además (y esto aumenta la admiración) que puede conceder esta facultad: "En verdad, en verdad os digo: Quien cree en mí, las obras que yo hago él también las hará, y mayores que éstas hará", etc.

(SAN AGUSTÍN.) Pero ¿cuáles son estas mayores? ¿Acaso el que los enfermos se curasen, cuando ellos pasaban, con la sombra únicamente? En realidad, es más curar con la sombra que con el vestido. Sin embargo, cuando esto dice, lo que hace es recomendar sus palabras y obras. Y cuando dijo "El Padre que está en mí, Él practica las obras", ¿qué otras obras podía significar si no se refería a las palabras? El fruto de sus palabras era ciertamente la fe de ellos; y con todo, cuando los discípulos predicaban el Evangelio, los creyentes no eran en tan escaso número como ellos, sino que las naciones creyeron. Además, ¿no se apartó aquel rico de su presencia lleno de tristeza? Pues sin embargo, lo que uno no practicó habiéndolo oído de sus labios, luego lo hicieron muchos cuando habló por boca de sus discípulos. Véase como realizó mayores cosas predicado por los creyentes que escuchado por los presentes. Mas no debemos fijarnos solamente en que obró mayores cosas por apóstoles, siendo así que no se refiere a ellos solos cuando dice "El que cree en mí". ¿Y acaso no debemos contar entre los fieles a los que no hayan llevado a efecto mayores cosas que Cristo? Duro es esto si no se comprende. El Apóstol dice: "Al que cree en Aquél que justifica al impío, su fe le es imputada a justicia" (*ad Rom. IV, 5.*). Aun en esta sola operación obramos en Cristo, porque es obra de Cristo el que creamos en Él, y obra esto en nosotros, pero no sin nuestra cooperación. Atiéndase, pues: "El que cree en mí, las obras que yo hago él también las hará", porque yo hago que él haga. ¿Qué obras son éstas sino que dela impiedad pase a la justicia? Y esto lo hace Cristo en él, pero no sin él. Me atrevería a decir que esto es mucho más grande que crear el cielo y la tierra; porque el cielo y la tierra pasarán, pero la salvación y justificación de los predestinados serán eternas. Pero en los cielos los ángeles son también creadas por Cristo. ¿Y hacen algo mayor que ellos los que cooperan con Cristo a su justificación? Discierna, el que pueda, qué sea mayor, si crear justos o justificar impíos: pues si lo uno y lo otro suponen igual poder, lo segundo implica mayor misericordia. Mas tampoco hay necesidad de entender en absoluto todas las obras de Cristo, al decir "Hará mayores que éstas", porque acaso aludía a las que en el aquel instante obraba, y en ese caso verdaderamente es de menos cuantía el predicar las palabras de la justicia (cosa que hace sin nosotros), que el justificar a los impíos, que se hace en nosotros para que nosotros lo hagamos

El Señor prometió a los que le pidiesen una gran esperanza con decirles: "Porque yo voy al Padre".

(CRISÓSTOMO.) Esto es, no muero, sino que permaneceré con igual poder y

estará en los cielos. Tal vez quiso significar: En adelante, el hacer milagros es cosa que a vosotros toca, porque yo me voy. (SAN AGUSTÍN.) Y para que ninguno se atribuyese las cosas mayores que según su promesa, harían, dice: "Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, esto haré". Antes había dicho *hará* y ahora dice *haré*, como diciendo: No os parezca esto imposible: no será mayor que yo el que en mí cree; pero yo haré entonces cosas mayores que las que hago ahora; realizaré más por el que crea en mí, que lo que ahora realizo por mí mismo; lo cual no supone disminución de poder sino dignación.

(CRISÓSTOMO.) Dice, empero, en mi nombre, porque los mismos Apóstoles se expresaban así: "En el nombre de Jesucristo, levántate y anda"; y de tal manera todo lo que hacían lo hacía Jesús; y el poder del Señor estaba con ellos.

(TEÓFILO.) En estas palabras nos enseña la doctrina de los milagros, que todos pueden realizar por la oración y por la invocación de su nombre.

(Santo Tomás de Aquino, *Catena Aurea*, tomo V, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1946, pp. 328-337)